

 Seix Barral



Adam Johnson

George Orwell

fue amigo mío





Seix Barral Biblioteca Formentor

Adam Johnson

George Orwell fue amigo mío

Traducción del inglés por
Carles Andreu

Título original: *Fortune Smiles*

© Adam Johnson, 2015

Publicado de acuerdo con Random House, una división de Penguin Random House, LLC

© por la traducción, Carles Andreu, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

págs. 24 y 41: © *Smells Like Teen Spirit*, 2011, Geffen Records,
interpretada por Nirvana

pág. 248: © *Where did you sleep last night*, 1994 Geffen Records Inc.,
interpretada por Nirvana

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-322-2984-8

Depósito legal: B. 24.098-2016

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Es tarde y no puedo dormir. Corro una ventana para dejar pasar el aire primaveral de Palo Alto, pero no sirve de nada. En la cama, con los ojos abiertos, oigo susurros e inmediatamente pienso en el presidente, porque siempre hablamos en susurros. Sé que en realidad el susurro que oigo es mi mujer, Charlotte, que escucha Nirvana con los cascos y suele murmurar las letras, medio dormida. Charlotte tiene su propia cama, una cama mecánica.

Mi problema de insomnio es el siguiente: cada vez que cierro los ojos, no puedo dejar de ver a mi mujer quitándose la vida. Bueno, más bien las múltiples formas en que puede tratar de quitarse la vida, puesto que está paralizada de los hombros para abajo. La parálisis es temporal, pero a ver quién consigue convencer a Charlotte de ello. Hoy se ha dormido de lado, por las llagas, y me he fijado en cómo miraba la barra de seguridad que hay junto al colchón. La cama se activa con su voz, de modo que si de alguna manera lograra meter la cabeza entre los barrotes, sólo tendría que decir «inclínate». La cama se levantaría y ella se asfixiaría en segundos. Y luego están también las miradas que le lanza al cable enroscado que cuelga del elevador hidráulico Hoyer con el que sube y baja de la cama.

Pero mi mujer no necesita ningún método exótico

para suicidarse, sobre todo porque me arrancó la promesa de que, llegado el momento, yo la ayudaría.

Me levanto y voy a su cuarto, pero todavía no está escuchando Nirvana; normalmente se lo reserva para cuando lo necesita de verdad, pasada la medianoche, cuando le empiezan a chisporrotear los nervios.

—Me ha parecido oír un ruido —le digo—. Una especie de susurro.

Su pelo, corto y revuelto, le enmarca la cara; tiene la piel blanquecina como la luz del frigorífico.

—Sí, yo también lo he oído —contesta.

En la bandejita de plata que hay junto a su mando a distancia activado por voz aguarda un porro a medio fumar. Se lo enciendo y se lo acerco a los labios.

—¿Qué tiempo hace ahí dentro? —le pregunto.

—Hay viento —dice a través del humo.

El viento es mucho mejor que el granizo, los relámpagos o, Dios no lo quiera, una inundación, que es lo que sintió cuando los pulmones le empezaron a funcionar de nuevo. Aunque hay diferentes tipos de viento.

—Pero ¿es un viento como un silbido a través de la ventana? —insisto—, ¿o como un repiqueteo de contraventanas?

—Es una brisa fuerte, con siseos y crujidos, como un micrófono en un vendaval.

Da otra calada. Charlotte detesta estar colocada, pero dice que la calma por dentro. Tiene el síndrome de Guillain-Barré, una enfermedad en la que el propio sistema inmunológico ataca la capa aislante que recubre los nervios, de modo que cuando el cerebro envía señales al cuerpo, los impulsos eléctricos se pierden antes de llegar a los receptores. En su interior, mil millones de nervios envían señales que van a todas partes y a ninguna al mismo

tiempo. Estamos ya en el noveno mes, un mes situado en los confines de la literatura médica. Llegados a este punto, los médicos ya no se atreven a pronosticar si los nervios de Charlotte empezarán a regenerarse o se quedará así para siempre.

Charlotte suelta el humo, tose. Le da un espasmo en el brazo derecho, lo que significa que su cerebro ha intentado decirle al brazo que se levantara y se tapara la boca. Da otra calada y a través del humo dice:

—Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Estás preocupada por mí?

—Quiero que dejes de hablar con el presidente. Ha llegado el momento de aceptar la realidad.

Intento quitarle hierro al asunto:

—Pero si es él quien quiere hablar conmigo.

—Pues deja de prestarle atención. Ya no está. Se supone que cuando te llega el momento debes marcharte en silencio.

Asiento a regañadientes. Pero no lo entiende. Atrapada en esa cama y después de renunciar a la televisión, seguramente sea la única persona en Estados Unidos que no presencié las imágenes del asesinato. Si hubiera visto la mirada del presidente en el momento en que le quitaron la vida, entendería por qué hablo con él a altas horas de la noche. Si pudiera salir de esta habitación y sentir cómo el país intenta pasar el luto, comprendería por qué he reanimado al comandante en jefe y le he devuelto la vida.

—En cuanto a mis conversaciones con el presidente —le digo—, sólo quiero señalar que tú pasas un tercio de tu vida escuchando canciones de Nirvana, compuestas por un tío que se voló la tapa de los sesos.

Charlotte ladea la cabeza y me mira como si no me conociera.

—Kurt Cobain convirtió el dolor de toda su vida en algo relevante. ¿Qué ha dejado el presidente? Incertezas, vacío y mil rocas por levantar.

Cuando está colocada habla así. Apago el porro y cojo los cascos.

—¿A punto para tu Nirvana? —pregunto.

Ella mira hacia la ventana.

—El sonido ese, vuelvo a oírlo —dice.

Echo un vistazo por la ventana, hacia la oscuridad. Es una noche típica de Palo Alto: el siseo de los aspersores, contenedores de reciclaje azules, un mapache escarbando en el jardín comunitario. Y entonces lo veo: justo delante de mis ojos hay un pequeño dron negro, suspendido en el aire. Sus minúsculos servos rotan para mirarme. Con un gesto rápido, lo agarro y lo meto dentro de casa. Cierro la ventana, corro las cortinas y lo estudio: su caparazón está hecho de papel de aluminio negro, extendido sobre unas finas varillas que parecen los huesos de un ala de murciélago. Detrás de una hélice de celofán transparente, un diminuto motor infrarrojo desprende un cálido latido.

—¿Me vas a hacer caso ahora? —pregunta Charlotte—. ¿Vas a cortar de una vez con el rollo ese del presidente?

—Es demasiado tarde para eso —le digo, y suelto el dron. Rebota por la habitación, como si estuviera ciego. ¿Es autónomo? ¿Lo ha estado manejando alguien, alguien que vigila nuestra casa? Lo levanto, lo aparto de su columna de aire y, después de encontrar el interruptor, lo apago.

Charlotte se vuelve hacia su control remoto activado por voz.

—Pon música —le dice.

Cierra los ojos y espera a que yo le coloque los cascos sobre las orejas, por donde oírás cómo Kurt Cobain regresa una vez más a la vida.

Me despierto entrada la noche. El dron ha vuelto a conectarse, no sé cómo, y flota suspendido sobre mi cuerpo, cartografiándolo con un débil rayo de luz roja. Le tiro un jersey encima y cae al suelo. Después de comprobar que Charlotte está dormida, saco mi iProjector. Lo conecto y aparece el presidente en tres dimensiones; su tronco a tamaño real irradia un resplandor ambarino. Me saluda con una sonrisa.

—Me complace enormemente estar en Palo Alto —dice.

Mi algoritmo tiene acceso al chip GPS del iProjector y rastrea la base de datos del presidente en busca de referencias geolocalizadas. Ésta en concreto corresponde a un discurso de graduación que pronunció en Stanford cuando todavía era senador.

—Señor presidente —le digo—. Siento mucho volver a molestarlo, pero tengo más preguntas.

Él otea la distancia con actitud contemplativa.

—Dispara —dice.

Me coloco en su línea de visión, pero no logro que me mire a los ojos. Ése es uno de los problemas de diseño con los que me he encontrado.

—¿Cometí un error creándolo, lanzándolo al mundo? —le pregunto—. Según mi mujer, su existencia impide que la gente pase el luto, que esta versión de usted nos evita tener que aceptar el hecho de que su persona real nos ha dejado.

El presidente se rasca la barbilla. Baja los ojos, la mirada absorta.

—No puedes volver a encerrar al genio en la botella —dice.

Y la frase resulta inquietante, porque la pronunció en el programa *60 Minutes* refiriéndose a su remordimiento por haber legalizado el uso civil de drones.

—¿Sabe que soy quien lo creó? —le pregunto.

—Todos nacemos libres —dice—. Ninguna persona puede traficar con otra.

—Pero usted no nació —insisto—. Yo escribí un algoritmo basado en el kernel del sistema operativo Linux. Usted es un buscador de código abierto combinado con un bot de conversación y un compilador de vídeo. El programa rastrea la red en busca de archivos de imagen, vídeo y datos de una persona; todo lo que usted dice ya lo ha dicho con anterioridad.

Por primera vez, el presidente no responde.

—Porque sabe que ya no existe, ¿no? —le pregunto—. Que ha muerto...

—El final de la vida no es más que otro tipo de libertad —contesta sin dudar.

El asesinato me pasa por delante de los ojos. He visto el vídeo un montón de veces: la caravana avanza lentamente mientras el presidente desfila a pie ante la multitud reunida detrás de las vallas. Alguien de entre los espectadores atrae la atención del presidente. Éste se vuelve y levanta una mano para saludar. Entonces una bala lo alcanza en el abdomen. Se dobla hacia delante por el impacto y levanta los ojos para mirar al pistolero. En sus ojos se refleja una mirada de reconocimiento; ¿ha identificado a una persona concreta, algún tipo de verdad, algo que ya había presagiado? El segundo disparo le da en la

cara. Las imágenes muestran cómo se le apagan las luces; sus piernas ceden y se derrumba.

De reojo miro a Charlotte, que sigue dormida.

—Señor presidente —susurro—, ¿usted y la primera dama hablaban del futuro, de cuáles eran los peores escenarios posibles?

Me pregunto si la primera dama fue la encargada de apagar la máquina. El presidente sonrío.

—La primera dama y yo tenemos una relación fantástica. Lo compartimos todo.

—Pero ¿había instrucciones concretas? ¿Tenían algún tipo de plan?

Baja el tono y, con voz engolada, pregunta:

—¿Se refiere a la institución del matrimonio?

—Sí, más o menos —respondo.

—En ese sentido —dice—, nuestra única obligación es ser útiles en todo lo que podamos.

Mi mente le da vueltas a la cuestión de qué puedo hacer para serle útil a Charlotte. El presidente mira a lo lejos, como si hubiera una bandera ondeando.

—Soy el presidente de Estados Unidos —añade— y he dado mi aprobación a este mensaje.

Eso me da a entender que nuestra conversación ha terminado. Cuando voy a apagar el iProjector, el presidente me mira fijamente a los ojos; una coincidencia de perspectiva, supongo. Nos quedamos frente a frente; el presidente tiene una mirada profunda y melancólica, y mi dedo vacila un instante sobre el interruptor.

—Busca tu determinación interior —me dice.

¿Se puede contar una historia que no empieza, sino que de pronto está sucediendo? La mujer a la que amas pilla la

gripe. Nota un cosquilleo en los dedos, insensibilidad en las piernas. Pronto no puede sostener una taza de café. Lo que finalmente la lleva al hospital es que necesita hacer pipí, se muere de ganas; pero la parálisis ha empezado y la vejiga ya no oye al cerebro. Después de que un médico de urgencias le coloque un catéter de Foley, aprendes varios conceptos nuevos, como *axón*, *arreflexia* o *polineuropatía periférica ascendente*.

Charlotte dice que está llena de «ruido», que hay una «tormenta» en su interior.

El médico coge una aguja enorme. Le pide a Charlotte que se eche en la camilla. A Charlotte le da miedo echarse. La asusta no volver a levantarse más.

—Por favor, cariño —le dices—. Échate en la camilla.

Pronto tienes ante tus ojos el brillo de glicerina del líquido cefalorraquídeo de tu mujer. Y tenía razón: no vuelve a levantarse.

A continuación viene la plasmaféresis, seguida de una terapia de inmunoglobulina de alta dosis.

Los médicos mencionan, como de pasada, la palabra *ventilador*.

Llega la madre de Charlotte. Trae su violonchelo. Es especialista en el sitio de Leningrado, ha escrito un libro sobre el tema. Cuando le inducen el coma a Charlotte, su madre llena el ala de Neurología con los sonidos más tristes jamás concebidos. Durante días sólo se oyen los silbidos de los fuelles del ventilador, el trino de los monitores de constantes vitales y Shostakóvich, Shostakóvich y más Shostakóvich.

Dos meses de fisioterapia en Santa Clara. Ahí tienen tanques de inmersión, estimuladores de sónar, cintas de correr con exoesqueleto. Charlotte se convierte en la persona de la sala que hace que los afectados por otras dolen-

cias se sientan menos desgraciados con su suerte. No evoluciona, no es una «luchadora», ni una «valiente», ni una «campeona».

Charlotte está convencida de que la voy a dejar por una de las enfermeras del ala de Rehabilitación. Me grita que me haga una vasectomía para que la enfermera y yo tengamos un futuro estéril. Para tranquilizarla, le leo en voz alta las memorias de Joseph Heller sobre su lucha con el síndrome de Guillain-Barré. Se suponía que el libro tenía que hacernos sentir mejor, pero pronto descubro que se trata de una crónica sobre lo geniales que son los amigos de Heller, sobre lo optimista que es Heller y sobre cómo Heller deja a su mujer y se casa con la guapísima enfermera que lo cuida. Y el final del libro es particularmente doloroso para Charlotte, porque Joseph Heller mejora.

Nos hundimos en un pozo de desesperación estrecho y profundo, un lugar que nos separa del mundo. Todo lo nuestro está ahí, en el fondo del pozo —nuestras carreras, nuestros objetivos, nuestros viajes y nuestros hijos—, tan cerca que podemos ahogarlo para salvarnos nosotros.

Finalmente le dan el alta, pero nuestra casa nos resulta inesperadamente surrealista. El entorno familiar amplifica la imposibilidad de hacer una vida normal. Pero el gato está feliz, tan feliz de que Charlotte haya vuelto a casa que pasa una noche entera enroscado en su cuello, encima de su incisión traqueal. ¡Adiós, gato! Mientras estoy en el garaje, Charlotte ve una araña que baja lentamente desde el techo, colgando de un hilo. Intenta apartarla soplando. Sopla y sopla, pero la araña desaparece en su pelo.

Quedan por describir también los reconocimientos, las pataletas y los tratamientos. Llegará luego el descubrimiento de Kurt Cobain y de la marihuana. De todos esos

momentos sólo hay uno que deba relatar. Era una noche normal. Yo estaba junto a Charlotte en la cama mecánica, sujetándole una revista.

—No te imaginas las ganas que tengo de salir de esta cama —dijo. Hablaba en voz baja, sin inflexiones. Había dicho cosas similares un millar de veces—. Haría lo que fuera para escapar.

Pasé la página y solté una carcajada por un pie de foto que decía: «¡Las estrellas son iguales que nosotros!».

—Pero nunca podría hacerte eso —añadió.

—¿Hacerme qué? —pregunté.

—Nada.

—¿De qué hablas? ¿En qué estás pensando?

Me volví hacia ella. La tenía a apenas unos centímetros de distancia.

—Si no fuera por el daño que te haría —dijo—, me largaría.

—¿De dónde?

—De aquí.

Desde la noche en que me arrancó la promesa, ninguno de los dos ha vuelto a hablar de ello. He intentado actuar como si la promesa no existiera, pero existe.

—Acéptalo, no te vas a librar de mí —le dije, y me obligué a sonreír—. Estamos predestinados a estar juntos, nuestros futuros están unidos. Y pronto mejorarás, las cosas volverán a ser normales.

—Toda mi vida es una almohada.

—Eso no es verdad. Tienes a tus amigos y a la familia. Y también la tecnología. Tienes el mundo entero en la punta de los dedos.

Cuando dije *amigos*, me refería a los enfermeros y a los fisioterapeutas. Y cuando dije *familia*, a su madre, distante y deprimida. Pero no importaba, Charlotte esta-

ba tan ajena a todo que ni siquiera mencionó que ni podía mover los dedos ni tenía sensibilidad en las yemas.

Volvió la cabeza hacia un lado y se quedó mirando la barra de seguridad.

—Tranquilo —dijo—. Yo nunca te haría eso.

Por la mañana, antes de que llegue la enfermera, abro las cortinas y estudio el dron a la luz del día. La mayor parte de las piezas de sigilo y propulsión se pueden comprar en cualquier tienda, pero los procesadores me parecen nuevos, ocultos bajo una armadura de Kevlar. Para lograr que el dron hable, para someterlo a un análisis forense y descubrir quién me lo ha enviado, voy a tener que echar mano del lector de hash del trabajo.

Cuando Charlotte despierta, le coloco una almohada debajo de la cabeza y le doy un masaje en las piernas. Es nuestra rutina de cada mañana.

—Vamos a generar unas cuantas células de Schwann —les digo a los dedos de sus pies—. Ha llegado el momento de que el cuerpo de Charlotte empiece a producir membranas de mielina.

—Vaya, vaya, alguien se ha levantado de buen humor —dice ella—. Debe de haber estado hablando con el presidente. ¿No hablas con él para eso, para inspirarte? ¿Para ver el lado positivo de las cosas?

Le doy una friega en el tendón de Aquiles. La semana pasada Charlotte no superó una prueba importante, el DTRE, que mide la respuesta profunda en los tendones y que debe marcar el comienzo de la recuperación.

—No se preocupen —dijo el médico—. Sé de otro paciente que también tardó nueve meses en responder y terminó recuperándose plenamente.

Le pregunté si podíamos ponernos en contacto con ese paciente, para saber por lo que había pasado y lo que nos deparaba el futuro. El médico nos informó de que el paciente había sido tratado en Francia, en el año 1918.

Cuando el doctor se marchó, me encerré en el garaje y empecé a crear al presidente. Seguramente un psicólogo diría que lo ideé por la promesa que le había hecho a Charlotte y porque el presidente también tenía relación con la persona que le había quitado la vida. Pero es mucho más simple que eso: necesitaba salvar a alguien, y con el presidente no importaba que fuera ya demasiado tarde.

Doy un golpecito en la rótula de Charlotte, pero no hay respuesta.

—¿Notas algún dolor?

—¿Qué te dijo el presidente?

—¿Qué presidente?

—El muerto —dice.

Le masajeo la zona de la fascia plantar.

—¿Y ahora?

—Noto como una fría llovizna de diamantes —dice—.

Vamos, sé que hablaste con él.

Va a ser un mal día, lo intuyo.

—A ver si lo adivino —prosigue Charlotte—. El presidente te ha dicho que te mudes a los Mares del Sur y te dediques a la pintura. Es muy inspirador, ¿no?

No respondo.

—Me llevarías contigo, ¿verdad? Sería tu ayudante. Te sostendría la paleta con los dientes. Además, si necesitas una modelo, los desnudos recostados son mi especialidad.

—Si de verdad lo quieres saber, el presidente me ha dicho que busque mi determinación interior —le explico.

—Tu determinación interior... —repite ella—. Pues cuando termines me puedes echar una mano con la mía.

—Tú tienes más determinación que nadie que conozca.

—Dios, pues sí que estamos optimistas. ¿En serio todavía no te has dado cuenta de qué va esto? ¿Acaso no ves que voy a pasar el resto de mi vida así?

—Modérate un poco, cariño, que el día no ha hecho más que empezar.

—Sí, ya lo sé —me responde—. Y también se supone que debería haber alcanzado una fase de iluminación, aceptación y no sé qué más. ¿Crees que me gusta que la única persona con quien pueda cabrearme seas tú? Eres lo único que amo en este mundo.

—También amas a Kurt Cobain.

—Pero él está muerto.

Oímos a Hector, el enfermero de las mañanas, aparcando delante de casa. Tiene un coche antiguo, de esos con motor de combustión.

—Tengo que ir a buscar una cosa al trabajo —le digo a Charlotte—. Pero volveré.

—Prométeme una cosa —dice ella.

—No.

—Vamos. Si lo haces, te libero de la otra promesa.

Niego con la cabeza. No lo dice sinceramente, no me liberará jamás.

—Sólo quiero que te comprometas a ser sincero conmigo —dice—. No tienes por qué fingir y mostrarte optimista. No me ayuda.

—Es que soy optimista.

—Pues no deberías serlo —replica—. Fingir fue precisamente lo que mató a Kurt Cobain.

Yo pienso que fue una escopeta apuntada a su cabeza, pero me callo.

Sólo me sé un verso de Nirvana, y se lo canto a Charlotte en plan karaoke:

— *With the lights on she's less dangerous.*

Ella pone los ojos en blanco.

—No es así —dice sonriendo.

—Pero me darás unos puntos por intentarlo, ¿no? —pregunto, en un intento por fomentar esa actitud.

—¿No lo oyes? —pregunta Charlotte.

—¿Qué es lo que tengo que oír?

—A mí, aplaudiendo; ahora suena así.

—Me rindo —digo, y me dirijo hacia la puerta.

—Cama, inclínate —ordena Charlotte a su control remoto. Su torso se levanta lentamente. Es el momento de empezar la jornada.

Cojo la autopista 101 hacia el sur, en dirección a Mountain View, donde me dedico a programar para una empresa llamada Reputation Curator. La empresa se dedica básicamente a amenazar a usuarios de Facebook y Yelp para que eliminen comentarios negativos sobre abogados ramplo-nes y dentistas incompetentes. Es una tarea que requiere muchas horas, por eso me contrataron para que escribiera un programa capaz de rastrear la red y crear perfiles de clientes. Crear al presidente no era más que el siguiente paso.

En el vehículo de al lado hay una mujer con su iProjector en el asiento del copiloto; habla animadamente con el presidente mientras conduce. En el siguiente cruce elevado veo a un hombre con una chaqueta marrón, observando el tráfico. Junto a él está el presidente. No dicen nada, simplemente ven pasar los coches en silencio.

Un coche negro sin conductor avanza junto a mí por

el carril contiguo. Cada vez que acelero, acelera él también. A través de los cristales tintados veo que no lleva ningún tipo de carga; dentro no hay más que un conjunto de baterías lo bastante potente para garantizar que ningún coche pueda dejarlo atrás. Aunque me gusta conducir, porque me relaja, paso a automático y me meto a toda velocidad en el carril Google, donde suelto el volante y entro en la red por primera vez desde que lancé al presidente, hace ya una semana. En cuanto accedo a mi cuenta, descubro que catorce millones de personas se han descargado al presidente. También tengo setecientos mensajes nuevos. El primero es del tío que fundó Facebook, y no es spam; quiere invitarme a un burrito y a hablar del futuro. Salto hasta el último, que es de Charlotte: «No es mi intención ser tan irascible. He perdido la sensibilidad, ¿recuerdas? Pero la recuperaré. Lo estoy intentando, de verdad que sí».

Vuelvo a ver al presidente, sobre el césped de delante de una iglesia coreana. El pastor ha colocado un iProyector encima de una silla y el presidente parece estar leyendo una biblia que han colocado ante él, en un atril. Me doy cuenta de que es un espectro que nos va a perseguir a todos hasta que el país acepte lo que ha pasado: que ya no está, que nos lo han arrebatado de forma irreversible. Y no soy idiota, sé perfectamente qué me están arrebatando a mí, de forma lenta pero irrevocable, delante de mis ojos. Sé que por las noches debería ir a hablar con Charlotte y no con el presidente.

Pero cuando estoy con Charlotte, mi mente alza una membrana entre los dos para protegerme del temblor de su voz, del pulso que late en sus muñecas deshidratadas. Sólo cuando estoy lejos lo veo todo: lo asustada que está, lo cruel que debe de parecerle la vida. En este momento,

en el coche, pienso en cómo se ha vuelto hacia la pared antes incluso de que se terminara la última canción del disco de Nirvana y me digo que pronto los auriculares y la marihuana dejarán de funcionar. Mi salida está borrosa y me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos. Paso de largo y dejo que el carril Google se me lleve.

Cuando llego a casa, mi jefe, Sanjay, me está esperando. Le mandé un mensaje pidiéndole que un becario me trajera el lector de hash, pero se ha presentado en persona. Lo lleva en las manos. En teoría, los lectores de hash no deberían existir. En teoría, tendría que ser imposible descifrar una contraseña completa de cien claves. Pero un tipo de India lo logró, un tipo al que Sanjay conoce. Para Sanjay, ser indio es un tema susceptible; además considera un cliché que un tipo con su nombre dirija una *start-up* en Palo Alto. Por eso se hace llamar SJ y se viste como si estudiara diseño. Tiene un MBA por Stanford, pero básicamente copió el modelo de negocio de una empresa llamada Reputation Defender. Aunque tampoco se le puede culpar por ello, es uno de esos tipos que cargan a sus espaldas las esperanzas y los sueños de un pueblo entero.

SJ me acompaña al garaje, donde conecto el dron y utilizo un código esclavo para analizar su unidad. Me pasa el lector de hash, soldado a mano en Bangalore sobre una vieja placa base. Lo estudiamos con asombro, tenemos la herramienta criptográfica más potente del mundo en nuestras indignas manos. Pero bueno, si te propones convertirte en el «curador» de las reputaciones de Silicon Valley, más te vale poder cargarte algunas contraseñas.

SJ no dice nada mientras enciendo el dron y realizo un diagnóstico.

—Dichosos los ojos —dice finalmente.

—Necesitaba tiempo —respondo.

—Ya, y lo entiendo —asegura SJ—. Sólo digo que te hemos echado de menos. Le devuelves la vida al presidente, mandas quince millones de personas a nuestra página web y no te vemos durante una semana.

El dron sabe que algo no cuadra y se apaga solo. Lo obligo a reiniciarse.

—¿Te has comprado un dron? —pregunta SJ.

—Lo he rescatado —digo—. Lo voy a adoptar.

SJ asiente en silencio.

—He pensado que querrías saber que el Servicio Secreto pasó por la empresa a hacernos una visita.

—¿Y me buscaban a mí? —pregunto—. Pues tan secreto no parece...

—Debió de impresionarlos tu presidente. A mí me impresionó.

SJ tiene las pestañas largas y unos ojos grandes y marrones, de manga, que me miran fijamente.

—En serio —dice—, el presidente es una obra de arte, una interfaz de datos integrados sin interrupciones. Va a cambiar las reglas del juego. ¿Sabes qué se me ha ocurrido?

Me fijo en sus llamativas gafas.

—¿Son Android? —le pregunto.

—Sí.

—¿Puedo probarlas?

Me las deja y examino las varillas buscando la dirección IP.

—Lo que imagino es tu algoritmo aplicado a Reputation Curator —dice SJ con un gesto exagerado—. El usuario podría dar vida a su personalidad, dejar que hablara

por sí misma, ajustar y personalizar la forma en que lo ve el mundo. Tu programa es como Google, Wikipedia y Facebook, todo en uno. Cualquiera persona del mundo preocupada por su reputación pagaría por ver cómo ésta cobra vida y habla, una reputación atenta..., eterna.

—Te lo regalo —le digo a SJ—. El núcleo del algoritmo es de código abierto; utilicé un protocolo freeware.

SJ esboza una débil sonrisa.

—En realidad ya lo hemos estudiado —dice—. Y... bueno, al parecer usaste una encriptación de siete niveles.

—Sí, supongo que sí lo hice, ¿no? Pero tú tienes el lector de hash. Desencriptalo y ya está.

—No quiero hacerlo así —dice SJ—. Seamos socios. Tu idea es brillante: el algoritmo que rastrea la red y compila los resultados en una animación personal. El presidente es la prueba, pero también ha revelado la idea. Si actuamos rápido, podemos protegerla y será nuestra. Si no, dentro de unas semanas todo el mundo tendrá su propia versión.

No digo nada sobre la ironía de que SJ intente proteger un modelo de negocio.

—¿El presidente no es más que una animación para ti? —le pregunto—. ¿Has hablado con él? ¿Has escuchado lo que dice?

—Te estoy ofreciendo acciones —dice SJ—. A carretadas.

El dron deja a la vista su firewall como una mujer fatal ofreciendo su cuello. Activo el lector de hash, cuyo procesador zumba y suelta destellos. Nos sentamos en dos sillas plegables mientras éste hace su trabajo.

—Necesito tu opinión —le digo.

—Venga —dice, y saca una bolsa de hierba. Empieza a liarse un porro y me pasa el resto. Hace meses que me mantiene bien surtido, sin hacer preguntas.

—¿Qué opinas de Kurt Cobain? —le pregunto.

—Kurt Cobain —repite él mientras enrosca el papel con los dedos—. El tío era puro. —Pasa la lengua por el borde—. Demasiado puro para este mundo. ¿Has escuchado la versión de Patti Smith de *Smells Like Teen Spirit*? Impecable, tío.

Enciende el porro y me lo pasa, pero no lo quiero. Se queda mirando la boca abierta de mi garaje, contemplando el pintoresco paisaje de Palo Alto. Apple, Oracle, PayPal y Hewlett-Packard empezaron en garajes a menos de dos kilómetros a la redonda de aquí. Más o menos una vez al mes a SJ le entra nostalgia y cocina *litti chokha* para toda la oficina; pone canciones de Sharda Sinha y te mira como si estuviera otra vez en Bihar, tierra de la higuera sagrada y las carracas. Ahora tiene esa mirada.

—Mi familia también se ha descargado el presidente, ¿sabes? —dice—. No tienen ni idea de qué hago aquí. Jamás podría hacerles entender que ayudo a chefs de sushi malotes a defenderse de los troles en Twitter. Pero al presidente de Estados Unidos sí lo entienden.

El alcalde pasa haciendo *footing* descalzo por delante del garaje. Al cabo de un momento pasa un panel publicitario sin conductor.

—Oye, ¿podrías hacer que el presidente hablara hindi? —pregunta SJ—. Si pudieras hacer que el presidente de Estados Unidos dijera «Ahora mismo me tomaría una Pepsi» en hindi, te convertiría en el hombre más rico del planeta.

La luz del lector de hash se vuelve de color verde. Así, sin más, el dron es mío. Desconecto los cables y empiezo a sincronizar las gafas Android. El dron aprovecha su momento de libertad para elevarse y estudiar a SJ.

Éste le devuelve la mirada inquisitiva.

—¿Quién crees que te lo ha enviado? —pregunta—. ¿Mozilla? ¿Craigslist?

—Lo sabremos en un momento.

—Silencioso. Negro. Con tecnología antirradar —dice SJ—. Juraría que es obra de la magia negra de Microsoft.

El nuevo sistema operativo se reinicia, el dron responde y, utilizando comandos de retina, le hago dar una vuelta por el garaje.

—Mira por dónde —digo—. Resulta que nuestro amiguito habla Google.

—Uau —dice SJ—. No seas malo, ¿eh?

Cuando vuelve, el dron apunta a SJ en la sien con un láser verde.

—Pero ¿qué coño...? —exclama SJ.

—Tranquilo —le digo—. Sólo te está tomando el pulso y la temperatura.

—¿Para qué?

—Seguramente quiere leer tus emociones —contesto—. Apuesto a que se trata de una subrutina residual.

—¿Estás seguro de que lo controlas?

Pongo los ojos en blanco y el dron da una voltereta hacia atrás.

—Mis emociones son muy simples —dice SJ—. Es hora de que regreses al trabajo.

—Lo haré —le aseguro—. Pero antes tengo que resolver algunas cosas.

SJ me mira.

—Si no quieres hablar de tu mujer, lo entiendo, pero no tienes por qué pasar solo por esto. Todo el mundo en el trabajo está preocupado por ti.

ÍNDICE

9	Nirvana
43	Huracanes Anónimos
107	Datos interesantes
143	George Orwell fue amigo mío
209	Pradera Oscura
251	La sonrisa de la fortuna
305	<i>Agradecimientos</i>